

No estoy seguro que necesitemos una homilía hoy. Las lecturas de hoy están bien claras. Perdonamos o espiritualmente nos morimos. Si queremos el perdón de Dios, debemos perdonar a los demás. Al menos cada domingo, si no más frecuentemente, rogamos, «. . . perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Muchas veces me pregunto si en verdad queremos que Dios nos perdone en la misma manera en que perdonamos a otros.

Yo sé que puede ser difícil perdonar. Les voy a echar el cuento de una vez cuando perdonar fue difícil para mí, y en echarles el cuento quiero añadir cuán importante fue el Sacramento de Reconciliación para mí.

Cuando mi padre murió, yo viajé a Mississippi para estar con mi madre. Como es usual cuando una persona sufre gran pérdida, mi madre quería hablar. Mientras hablaba, me preguntó si sabía por qué ella y mi papá no pudieron pagar para mi educación universitaria. Yo no sabía. Ella me dijo, «Porque le Joe pagaba tan poco a su padre que apenas podíamos sobrevivir y sólo lo pudimos hacer con los alimentos de nuestro jardín y nuestros animales de granja. Desde mil novecientos y cuarenta hasta mil novecientos cincuenta y seis mi padre había trabajado para su primo Joe, dueño de una tienda de comestibles, aun actuando como asistente de gerente. Y yo comencé a trabajar en la tienda cuando tenía catorce años, y cuando me fui a ir a la universidad, Joe me dijo que si yo volvía después de mi educación universitaria, él me daría la mitad de la propiedad de la tienda y que yo podría comprar el resto en cuotas. En verdad, el primo de mi padre, Joe, era para mí un segundo padre, y aunque yo no acepté su oferta, yo le escribí y, cada vez que visité a mis padres, lo visité a él.

Cuando mi madre me dijo de las dificultades financieras de ella y mi padre y supe que Joe estaba financieramente más que cómodo, me llegó una Ira con un dolor. Joe llegó al funeral de mi padre, y mientras salía, se me acercó y me dijo, “Hijo, ahora yo soy el único padre que le queda. Esperaré oír de ti pronto». Otra vez sentí la ira que me bañaba, y cuando regresé a Iowa, no pude superar mi ira y resentimiento. Así que fui al Sacramento de la Reconciliación.

Yo conocía al sacerdote y él me conocía a mí. Le dije lo que les he dicho y añadí, «Joe piensa que le voy a escribir una carta, y no puedo». El sacerdote me dijo, «Entonces escríbele y dile como te duele y te enoja lo que él le hizo a ti padre. Yo le respondí, «No puedo hacerlo». Él dijo, «Entonces perdónalo». Yo dije, «No puedo hacer eso tampoco». Él repitió, «Entonces escríbele y le dile que no puedes perdonarlo». Respondí, «Padre, Joe puede haber sido un hombre moralmente insensitivo, pero él no es un hombre malo». El sacerdote repitió, «Entonces, perdónelo». Me senté allí por un momento, escuchando lo que yo había dicho, y respondí, «Creo que puedo perdonarlo». Al fin, lo hice. Le escribí la carta que estaba esperando.

Tengo que decirles, sin embargo, que la ira y el resentimiento regresaron. Otra vez, fui al Sacramento de Reconciliación, pero esta vez con un sacerdote diferente. Cuando le dije al sacerdote acerca de la situación y acerca de mi incapacidad de perdonar, también le dije acerca de la experiencia previa de reconciliación y sobre el intercambio con el otro sacerdote, y de nuevo pude perdonar a Joe.

¿Estoy diciendo que toda ira es mala? Por supuesto que no. La ira a causa de injusticia que nos moviliza a hacer algo para cambiar esa injusticia es de Dios. Jesús mismo estaba enojado cuando la casa de su padre se convirtió en un mercado en lugar de una casa de oración. Pero la ira y el resentimiento hacia otra persona que nos corroen como el óxido corroe el metal son cosas abominables. ¿Quién de nosotros vive sin culpa? ¿Quién de nosotros vive sin pecado? Así que debemos perdonar si queremos ser perdonados por nuestro Señor, que es compasivo y misericordioso. Cuando oramos el Padre Nuestro hoy día, después de haber perdonado a nuestro hermano en nuestro corazón, oremos con nuestra mente y nuestro corazón, «. . . perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden», y oremos en paz con un corazón pacífico.